

**DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Luis Juanós, monje de Montserrat**  
**30 de septiembre de 2012**  
**Núm 11, 25-29 / Sant 5, 1-6 / Mc 9,38-43.45.47-48**

Hermanas y hermanos: Una de las cualidades más grandes de Jesús es su paciencia. Y entiendo por paciencia aquella capacidad que nos permite aguantar y perseverar en situaciones difíciles, adversas, incomprensibles, o incluso injustas, pero que aún así, las aguantamos para bien, porque esperamos que llegue un tiempo mejor. La tentación más grande tiene lugar cuando ante estas situaciones lo querríamos echarlo todo a rodar, y es que el enemigo más grande que tenemos es nuestra impaciencia, nuestro afán de ver solucionadas las cosas de manera inmediata y según nuestras conveniencias y criterios.

Cuántas veces nuestra paciencia es puesta a prueba desde las situaciones más ordinarias, hasta las más extraordinarias: paciencia en el ascensor, en la parada de autobús, en el turno de espera en comercios y servicios públicos, la paciencia que a veces hay que tener también con la pareja, los hijos, los alumnos, la comunidad, los servicios administrativos, los gobernantes, incluso cuando sentimos que la paciencia se transforma en indignación, ante la gestión irresponsable de los bienes públicos, de los recortes que pretenden paliar la crisis económica a costa de los más afectados, así como aquella paciencia persistente a tener cuando no acabamos de ver realizados de una vez los ideales que tenemos como Iglesia, o como país ...

Jesús hacía camino con sus discípulos. Llevaban casi tres años con él y todavía no se habían enterado de como pensaba. Él intenta hacerles ver cuál es el sentido de su misión. Les habla de las cosas que afectan al núcleo más genuino de la vida cristiana; de un Reino donde el sistema de valores está basado en la fuerza del amor, en la liberación de la condición humana de todo aquello que la esclaviza, en contraposición con los valores de un mundo donde la ambición de poder, de riqueza, de dominio de unos sobre otros, configura con frecuencia las relaciones humanas.

No habían entendido nada. Un día quieren saber quién será el más importante en el Reino de Dios; otro, Santiago y Juan le reclaman venganza, pidiendo que baje fuego del cielo y consuma unos que no les habían querido acoger; incluso, su madre, con toda la buena fe, pide a Jesús que sus dos hijos se sienten uno a su derecha y el otro a su izquierda, como si quisiera asegurarles el prestigio y el futuro con cargos relevantes y buena paga... Y aún hoy hemos escuchado cómo Juan, no acepta que otros que no son del grupo, hagan milagros en su nombre. Como si obrar el bien sólo fuera patrimonio exclusivo de unos pocos privilegiados.

Jesús es paciente y sabe lo difícil que es cambiar las ideas y la conducta de sus discípulos. Hace camino junto con ellos, pero sus horizontes son diferentes. Y es que transformar el egoísmo, la envidia, el sectarismo y el afán de dominio y de poder, en una actitud abierta, que trata de compartir y acoger, más que condenar, que es capaz de reconocer la verdad y el bien en los demás, sean quienes sean, pide mirar las cosas desde otra perspectiva y Jesús quiere mostrarnos que la manera que tiene Dios de ver las cosas es muy diferente de la nuestra, porque si bien vivimos en un contexto social bien diferente del de aquellos seguidores suyos, tampoco estamos tan lejos en los criterios y modos de hacer. Tanto a ellos como a nosotros, Jesús nos quiere hacer ver nuestras contradicciones a la luz del Evangelio, pero no siempre estamos dispuestos a aceptarlo. Somos tercos. Pero Jesús, pacientemente, espera.

No es extraño, pues, que cuando se dirige a quienes han optado por ser sus discípulos, lo haga con un lenguaje contundente y radical. Y es que cuando está en juego el núcleo de su mensaje y la dignidad de las personas, especialmente la de los más pequeños y vulnerables, se muestra implacable, sea con aquellos escribas y fariseos que en nombre de Dios y de la Ley habían reducido la religión a una observancia sin entrañas, sea con aquellos seguidores suyos que, como hoy hemos oído en el Evangelio, no tienen la libertad profética para reconocer que el Espíritu y el bien también actúan más allá de nosotros por medio de aquellos que, sin compartir nuestra fe, crean espacios de humanidad y estima, y unas condiciones más dignas para los que más lo necesitan. Y esto es tanto como afirmar: vale más amor sin religión, que religión sin amor.

Jesús ha hecho del amor el núcleo del cristianismo y la fe cristiana no es ninguna mutilación de nuestra humanidad, a pesar de las duras palabras que dirige a sus discípulos: cortarse la mano, el pie, o arrancarse los ojos, no tiene nada que ver con la propuesta loca de un fanático con seguidores mutilados, él, que precisamente pasó por este mundo curando manos, pies y ojos. Jesús no quiere otra cosa que extirpar de nuestra vida todo aquello que nos hace incapaces de obrar según el corazón de Dios y nos aleja de todo lo humano o nos deshumaniza.

Y como aquellos discípulos también hoy nos invita a seguirlo. Su paciencia es espera confiada, una manera de mostrarnos que no todo está perdido; que a pesar de nuestras negligencias, seguimos siendo queridos y perdonados; que siempre hay un tiempo para reorientar nuestra vida, ya que nada de lo que habremos hecho por él y por los demás, no habrá sido inútil. Ni siquiera un vaso de agua dado a cambio de nada, no quedará sin recompensa.